La Rebelión del Tiempo

José Luis Lacaci López

La Rebelión del Tiempo

José Luis Lacaci López

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2023
© José Luis Lacaci López, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-28-0
IBIC: FJH
DEPÓSITO LEGAL: M-17576-2023

CAPÍTULO 1

Cuando Fredy cruzó la barrera de acceso, esta vez en dirección contraria a la que había tomado hacía seis años, no pudo contener la tentación de volverse a mirar por última vez la impresionante silueta del gigante de hormigón y metal que le había cercenado de golpe una parte de su vida, dos mil ciento noventa días con sus noches interminables en el interior de una agobiante celda de la prisión de Soto del Real. Las escarpadas montañas de esa vertiente de la sierra madrileña se elevaban monolíticas en el horizonte y el campo rezumaba la fragancia de la jara recogida por el viento del norte, que bajaba deslizándose desde lo alto del puerto de la Morcuera y lo esparcía generosamente a su paso por el valle, que albergaba, solitario como una isla, el centro penitenciario.

Hacía frío y las ráfagas de un viento gélido se colaban por el hueco de la capucha del forro polar verde hoja que le había regalado su hermana hacía un mes, el día que cumplió cuarenta y seis años. La visita había durado una hora, y Magdalena, además del regalo, le había llevado unos pasteles con una vela que Fredy se negó a soplar.

Su hermana era el único miembro de su familia que no le había dado la espalda desde que aquel día de verano le detuviera la policía intentando engañar a su mejor amigo, Javier Valdés, con una estafa piramidal en la que estaba inmerso para costearse su adicción a la

cocaína. Tras la detención de los implicados, habían sido juzgados y condenados a penas que en su caso personal y, gracias a la redención por el trabajo, se había reducido a seis años. Federico Roca, conocido por todos como Fredy, de complexión fuerte, propenso al sobrepeso, con el cabello rubio y unos ojos a juego de su forro polar, había trabajado hasta entonces como profesor de Historia Medieval en la Universidad Complutense de Madrid, lo que le había permitido abrir un aula de Historia en la cárcel, por cierto, con mucho éxito, gracias a su carácter campechano y divertido. Esto, sumado a su impecable comportamiento, le había supuesto una importante reducción de condena.

El taxi esperaba fuera del recinto penitenciario y cuando se hubo acercado a su altura, un hombre de mediana edad con jersey azul marino y con un bigote que le cubría totalmente el labio superior salió del vehículo y se dirigió a él, ajustándose la bufanda y frotándose las manos por la baja temperatura reinante en la intemperie.

—¿Es usted don Federico, que ha llamado a Radioteléfono Taxi para un servicio a Madrid, en la zona de Moncloa?

Fredy asintió con la cabeza y, entregándole una maleta, se introdujo en la parte trasera del coche sin quitar la vista de encima a aquel «panteón de los sueños», como solía llamar a la prisión.

En un instante, en cuanto el taxista hubo acomodado su escaso equipaje en el habitáculo al efecto, el vehículo arrancó nuevamente en dirección a la autovía de Colmenar, sentido Madrid.

Sus ojos verdes dibujaron una mirada perdida en el vacío, que buscaba en la memoria aquellos días del juicio, un doble juicio en su caso, pues además del delito penal cometido, estaba el enorme crimen de lesa amistad que había perpetrado contra Javier Valdés, su mejor amigo de toda la vida.

Había tenido admiración y respeto por su compañero desde hacía años, debido al éxito de aquel en la vida privada y en los negocios. Sólo había encontrado un borrón en la existencia de Javier, su primera esposa, de la que estaba divorciado y que posteriormente le había rechazado a él. Esa persistente obsesión y el creciente consumo de cocaína le habían arrastrado a la más desafortunada decisión de su vida: aprovecharse de la buena fortuna de su excompañero de facultad y a la vez abusar de la confianza que tenía depositada en él.

No salió como estaba planeado y el Profe, como le gustaba que le llamaran, dio con sus huesos en una celda, sin dinero, sin amigo y con su reputación hecha añicos.

Las constantes dentelladas de los remordimientos, perros salvajes que muerden sin piedad en las conciencias laxas que aún conservan unas migajas de dignidad en uno de sus pliegues, hicieron que durante un año Fredy tratara de comunicarse con Javier para expresarle su profundo malestar y sincero arrepentimiento, pero este no contestaba ni las llamadas ni el correo.

Por las noches, no podía conciliar el sueño recordándole con ese aspecto de alto ejecutivo, con su metro noventa y su pelo negro de sienes plateadas.

Había tenido tiempo de sobra para su introspección personal y esto le permitió cambiar el chip sobre su propio ego. Se podía decir que Valdés era un hombre muy atractivo del que sin duda lo que más atraía a las mujeres, además de su apreciable inteligencia y personalidad, era su cuenta corriente y el hoyito que tenía en la barbilla, pero por fin había comprendido que él tenía que vivir su propia vida con sus limitaciones y no la de Javier. Le veía allí, sentado en la sala de audiencias con una mirada que nunca podría olvidar.

Fue durante la Navidad del segundo año, cuando una tarde, recibió una carta fechada en Menorca, cuyo contenido era breve y conciso, pero suficiente para acallar su atormentada conciencia por el momento.

> Hace un año, poco después del juicio, Daniela y yo nos casamos y hace dos días hemos tenido un hijo. Ella no quiere que el niño venga a una casa instalada en el rencor, ya sabes que es una persona profundamente religiosa, y me ha convencido para que te escriba y te comunique mi intención de perdonarte.
>
> Realmente me ha costado Dios y ayuda decidirme, te deseo de corazón que en estos días seas feliz y encuentres paz, imagino que allí es difícil, y espero que esta experiencia te ayude a meditar sobre tus errores en el pasado. Aunque creo que es imposible reanudar nuestra relación de amistad, te prometo escribirte para que mantengas un contacto con el mundo exterior.
>
> Feliz Navidad,
>
> JAVIER

Fredy recordaba los buenos ratos pasados en la lujosa villa de Javier en Menorca y los paseos en el Delfín Sonriente, barco patroneado por su amigo. También, que la última escala en la isla fue en compañía del grupo maldito y la antesala del golpe definitivo a su inquebrantable, hasta entonces, amistad.

El acceso a Madrid se estaba complicando por momentos, debido a un accidente; la autovía estaba colapsada hasta la capital. El contacto epistolar entre ambos había ido *in crescendo* según pasaba el tiempo y las cartas cada vez resultaban más largas y más íntimas, como si nada hubiera sucedido entre ellos, parecía que la influencia de Daniela había hecho mella en Javier.

Comenzaba a caer la noche, aunque apenas era media tarde de ese 10 de enero, cuando el taxi paró a escasos metros de un elegante portal del barrio de Argüelles, cerca de la universidad donde hasta hacía unos años, el profesor Federico Roca iba cada mañana caminando debido a su cercanía con el campus.

Ahora, solo le quedaba esperar la contestación a su solicitud de reingreso, tras una larga excedencia. Estaba en manos del consejo rector su readmisión, para lo cual había adjuntado un informe favorable de las autoridades penitenciarias y una carta de Javier Valdés, amigo personal del decano de su facultad. Mientras tanto, su intención era escribir un libro sobre la historia de las prisiones españolas desde la Edad Media y se había estado documentando desde la biblioteca del Centro, a través de bibliografía interna y externa e Internet, al que debido a su labor docente tenía acceso restringido.

Cuando cerró la puerta de entrada a su casa, no pudo contener un sollozo y tras enjugarse las lágrimas, se adentró en su *Sancta Sanctórum*, rodeado de sus recuerdos y sus silencios que era todo cuanto le quedaba. Todo estaba igual que lo había dejado, pues Magdalena se había encargado de que así fuera, limpio y ordenado como a él le gustaba y con abastecimiento de agua, luz, teléfono y gas.

Lo primero que hizo fue coger un vinilo que estaba junto a otros muchos en la librería e insertarlo en la varilla central del tocadiscos, que comenzó de inmediato a girar. Vivaldi le daba la bienvenida al concierto, al que hacía tiempo no asistía y que cada noche celebraba en exclusiva para sus oídos después de un día de trajín en su aula y

su despacho. Rememorando aquellos momentos, se recostó sobre el sofá Chester de piel marrón, acomodó su cabellera rubia en un mullido cojín de terciopelo beis y cubriéndose con una manta de cuadros escoceses de lana, se quedó profundamente dormido arropado por la filarmónica de Londres.

CAPÍTULO 2

La mañana había amanecido lluviosa, pero aun así, Javier había decidido llevar a Alexis al museo; el niño tenía una sensibilidad especial para el dibujo, poco común en los chavales de su edad.

—Para que vayas tomando contacto con la belleza y la estética de los clásicos y no pienses que todo son dibujos animados de Micky Mouse, que ha habido otra manera de comunicar las historias aparte de la televisión y las fotografías.

Daniela no era de la misma opinión, pues pensaba que ya tendría ocasión más adelante y que, aunque la tutora les había resaltado la increíble destreza del niño para su corta edad a la hora de dibujar en clase, este era el tiempo de la fantasía y los juegos. Además, sólo tenía apenas cinco años, aunque según el psicólogo del colegio, su coeficiente intelectual estaba muy por encima de la media de todo el colegio. Alexis, un inquieto niño rubio salpicado de unas pequeñas y graciosas pecas en sus mejillas, era superdotado y aunque les habían recomendado llevarle a un colegio especial, ellos no querían apartarle de su entorno habitual, sus amigos y sus profesores.

«Mi hijo no es una atracción de feria y me niego a llevarle a un lugar para ser observado y analizado como si fuera un bicho raro», fueron las palabras de Daniela a la propuesta del psicólogo y allí quedó zanjada la cuestión.

Después de adquirir su entrada en la taquilla del museo, padre e hijo se encaminaron hacia la parte posterior del mismo, recientemente inaugurada y proyectada por el famoso arquitecto Moneo. El nuevo acceso al Museo del Prado les condujo al enorme vestíbulo de los Jerónimos, nombre que toma de la iglesia monumental, rica en acontecimientos históricos que se encuentra ubicada en la parte superior del museo y cuyo claustro se ha integrado en el mismo.

Un recinto cuyos paramentos perimetrales están recubiertos en piedra, sobria y severa que se alzan sobre un imponente suelo de mármol que lleva desde la entrada, junto al auditorio, hasta la cafetería que se ha instalado al fondo justo detrás de la tienda de *merchandising*. Presidiendo aquella vorágine de gente que va y viene está la monumental estatua *La defensa de Zaragoza* de José Álvarez Cubero, denominada desnudo heroico, no se sabe por qué.

Después de dirigirse al antiguo edificio de Villanueva, comenzaron a recorrer las diferentes salas del recinto. Mil veces acondicionadas desde que Juan de Villanueva, el arquitecto original, las proyecto hace varios siglos, ahora presentan un aspecto más adecuado para la finalidad que fue concebido: la muestra de las más importantes obras pictóricas de la historia de la humanidad. Románico, Flamenco, Barroco… Todo expuesto con brillantez y espectacularidad en las 102 salas del viejo edificio.

Los umbrales de acceso a cada una de las salas en su mayoría están rematados en mármol negro con vetas blancas y los suelos, pavimentados con enormes baldosas grises igualmente veteadas en diversas tonalidades, dan tal grandiosidad al entorno que se realza más la obra expuesta. Sus paredes, altas y adecuadamente iluminadas, muestran diferentes revestimientos; unas están enteladas en beis, otras pintadas en grises o verdes bastante neutros, con el fin de no distraer la mirada de lo realmente relevante.

Javier y Alex llevaban cerca de media hora recorriendo las diferentes salas y ahora estaban sentados sobre un banco de madera que tenía cuatro lados apoyados en un respaldo común, con cuatro plazas cada uno de ellos, situado en el centro de una gran sala, en el que los visitantes podían hacer un descanso o simplemente observar pausadamente y con detalle las obras de los distintos paramentos.

Alex, miraba extasiado a un hombre de edad madura que se encontraba de pie en una esquina ante un artilugio extraño para él.

—Hijo, se trata de un caballete de pintura y está copiando ese cuadro que hay en la pared.

—Papá, ¿yo puedo pintar también un cuadro como ese señor otro día?

El hombre volvió la mirada sobre los improvisados espectadores de su obra, depositando toda su atención en el pequeño de cabello rubio y ojos despiertos. Después de dedicarle una amplia sonrisa, le habló con una gran dosis de ternura:

—He oído a tu papá que te llamas Alex, encantado de conocerte. Te voy a contar una historia.

»Había una vez un niño muy desgraciado, porque el resto se reía de él, pues en vez de dedos tenía pinceles en sus manos y no podía jugar a las cartas ni agarrar de la mano a sus papás.

»Un día, al intentar ayudar a su madre en la cocina, se le cayeron los frascos del armario y él trató de recogerlo todo.

»Salió corriendo para llorar en su habitación y al apoyarse sobre la pared, sus pinceles manchados de pimentón, harina, polvo de huevo, perejil molido… crearon un dibujo armonioso; esto le animó a seguir y consiguió realizar una obra hermosa que todos admiraron. A esta siguieron muchas más y fue reconocido por reyes y emperadores.

»Dios decidió que tanta belleza merecía un premio y le concedió diez dedos, pero al contrario de lo que todos esperaban, cada vez lo hizo mejor, porque su arte lo llevaba en su alma y solamente necesitaba la ocasión de expresarlo.

»Hay personas que pasan por este mundo de puntillas, sin atreverse a abrir el armario donde se guardan las especias, porque temen la bronca de su madre, y mueren sin sacar su alma de artista, pensando que sus manos sólo sirven para jugar a las cartas y agarrar a sus hijos.

»Para estar aquí, como yo, debes mirar tus dedos cada mañana hasta que veas pinceles, entonces ya puedes llenar la vida de colores.

»Yo estoy ahora aquí, humildemente copiando la obra que un día pintó aquel niño.

Javier le agradeció sus palabras y le explicó a su hijo que sólo se trataba de un cuento y que para realizar aquel trabajo, también había que tener unos conocimientos muy grandes de arte y una contrastada

experiencia como pintor; además, eran muy pocas las personas llamadas copistas, que conseguían el permiso para hacerlo.

—Si tú quieres, te compraré un caballete de tu altura y una caja de pintura para que colorees esos dibujos tan bonitos que haces.

Alex pareció conformarse y después de admirar un rato al maestro haciendo magia con sus pinceles y su paleta sobre el lienzo, se encaminaron a la sala 14, donde se muestra parte de la obra de Velázquez.

Tras un recorrido por la sala, llegaron ante un cuadro que pareció impactar más que ninguno en el niño, para sorpresa de Javier. Se trataba de la imagen celestial de una bellísima mujer, el lienzo de la *Coronación de la Virgen*.

—Te gusta, a que sí. Esta es la virgen María, de la que te habla mamá a menudo y que era la madre de Jesús. Aquí está siendo coronada como reina de los cielos y de la tierra y es una pintura de Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, uno de los más grandes maestros de la Historia. Es el mismo que acabamos de ver en el cuadro de *Las meninas*, ¿recuerdas? Que estaba dentro de su cuadro como el señor de antes, pintando en el caballete, el de la feíta y el perro grande con sueño, como has dicho.

Alex escuchaba a su padre tan didáctica charla, pero no le oía, porque su atención se encontraba concentrada en otro asunto: su mirada se concentraba en el rostro de aquella bellísima mujer.

—Papá, esta señora estaba en otro cuadro y no era la virgen María.

Sorprendido, y a la vez encantado por el interés que mostraba Alex, prestando más atención de la que el imaginaba en la primera visita al museo, Javier replicó:

—Te habrás confundido, o quizá tengas razón y Velázquez haya utilizado a la misma modelo para otro cuadro. A veces lo hacen los pintores, porque realmente no se trata de la virgen, sino de la representación de ella mediante una mujer que pone su cara, porque nadie conoce la auténtica cara de María que murió hace muchos siglos.

—No era Velázquez, era otro pintor de la planta de abajo y era la misma señora, pero estaba tumbada en una camilla.

Javier no pudo resistirse y soltó una enorme carcajada que llamó la atención de los visitantes y enfurruñó al niño.

—Hijo, es imposible que la hayas visto en un cuadro de otro pintor y menos en una camilla.

Alex, visiblemente contrariado, insistió en su empeño, hasta que su padre accedió a acompañarle a la sala de la planta baja donde decía haber visto a la señora del cuadro, para que se callara de una vez, pues conocía la tozudez de su hijo y tendría señora de la camilla para todo el día.

El ascensor se encontraba en tránsito hacia otra planta y había varias personas esperando su llegada por lo que decidieron bajar por la sobria escalera de granito de la sierra del Guadarrama con una espléndida balaustrada de mármol que les condujo a través de sus tres tramos hasta la planta baja del museo. Una vez en ella, Alex se encaminó sin dudarlo hasta la sala 75, donde se exhibía una parte de la muestra de Goya. Javier, casi sin resuello por la caminata acelerada de Alex, miró a su hijo y meneó la cabeza negativamente.

—Alexis, esta sala es de Francisco de Goya y Lucientes, un pintor que murió casi ciento cincuenta años después que Velázquez y es imposible que hayan pintado a la misma mujer, ¿lo entiendes?

Alex no entendía lo que le quería decir su padre, su corto raciocinio sólo le indicaba que la foto de la cara era la misma que había visto arriba. Agarrado fuertemente a la mano de este y casi arrastrándole tras de sí, de pronto se detuvo ante un gran cuadro rectangular, colgado horizontalmente en la pared con un rótulo en la parte inferior del marco que rezaba «*Retrato de la marquesa de Santa Cruz,* autor Francisco de Goya, óleo sobre lienzo 1805».

La primera impresión de Javier fue la del conjunto de la obra, una composición armoniosa en la que una mujer tumbada sobre un canapé rojo, ataviada con un vestido blanco y corona de flores, toca una lira. Pero el estupor que le produjo la visión del rostro de la mujer fue tal, que tuvo que tragar saliva para poder pronunciar palabra.

—¡Es imposible! ¡No puede ser cierto! Es ella. Hay ciento cincuenta años de diferencia entre los dos cuadros y la mujer es igual de joven en los dos. Aquí pasa algo que no alcanzo a comprender, debe ser un error, una ilusión óptica.

El niño pecoso que apenas levantaba unos cuantos palmos del suelo no comprendía las palabras del padre, pero estaba enormemente satisfecho de su descubrimiento, para él sin ninguna trascendencia.

—A que es ella, papá, a que tenía razón yo.

Javier, aún confuso por el reciente hallazgo, le contestó que seguramente sólo se parecían, pero que era imposible que se tratara de la misma persona. Alex no parecía muy convencido, pero se quedó conforme con el gesto que su padre había hecho acompañándole a comprobarlo.

Era la hora de comer y Daniela les esperaba en casa por lo que decidieron dar por concluida la visita al museo. Padre e hijo encaminaron sus pasos hacia una pequeña salida donde un vigilante les despidió amablemente. Al cabo de un momento, abandonaban la pinacoteca dejando tras de sí la imponente fachada de la puerta de Velázquez que en la explanada exterior estaba representado en una magistral estatua donde Alexis se dejó fotografiar como recuerdo de su primera visita al Prado.

Había dejado de llover y una bandada de palomas pululaba por los aledaños picoteando los restos de comida que les había arrojado un grupo de turistas italianos que acababan de almorzar unos bocadillos en un banco del paseo. Majestuosos e imponentes, los árboles parecían gigantescas cajas de música en la que resonaban alegres los cantos de cientos de pájaros de diversas familias.

Al niño, en particular, le llamó la atención uno que castigado por el tiempo estaba sujeto por varias tirantas de acero que salían del suelo y le ayudaban a mantenerse erguido.

Atravesaron la rotonda peatonal que comunica con el Real Jardín Botánico y se dirigieron hacia la acera del Paseo del Prado, construido sobre el lecho de un río que transitaba antiguamente bajo la calzada. Después de unos minutos de espera, Javier alzó su mano hacia el lado izquierdo de la calle hasta que un vehículo de color blanco con una raya trasversal roja y una luz verde en el techo ralentizando su marcha se detuvo delante de ellos. La luz se apagó de repente y los dos peatones pasaron al interior del taxi.

CAPÍTULO 3

El barrio de Salamanca es el más selecto de Madrid, donde dicen que está el metro cuadrado de suelo más caro de España. Cuando el coche se detuvo frente al portal, la pareja salió del mismo y antes de proceder a cerrar la puerta, un hombre uniformado y de modales impecables se adelantó y agarrando la manivela, lo hizo con suavidad mientras se dirigía a los dos.

—Buenas tardes, señor Valdés. ¿Qué tal Alex?, venimos de dar un paseo… ¿no? La señora ha tenido pereza de salir con este tiempo, ¿verdad?

Mientras tanto, Gustavo, el portero, franqueaba la elegante puerta de bronce y cristal del portal sujetándola a su vez para que accedieran sin obstáculo alguno al vestíbulo, de estilo neoclásico, que comunicaba con el descansillo donde estaban las puertas de los ascensores. Después de intercambiar unas palabras sobre el tiempo, montaron en el elevador y el amable portero pulsó el botón del tercer piso.

Las llaves de la casa quedaron sobre el mueble que hay en la entrada, el recibidor principal, elegante y sencillo como la mujer que se había encargado de redecorar la casa seis años antes, justo a dos meses de la boda. Ella, con su esbelta silueta que no había cambiado a pesar de su maternidad, con su melena rubia recogida en una coleta y su mirada clara y serena como sus ojos azules, esperaba en el salón,

leyendo el libro escrito por la esposa de Vicente Ferrer en la que narra lo más íntimo de su vida y su obra.

Nada mas oír el sonido de la llave en la puerta, depositó el volumen sobre una mesita auxiliar, junto a un busto de alabastro de Séneca y se encaminó sonriente a su encuentro.

—Hola, mi amor, ¿qué tal lo habéis pasado? ¿Te has portado bien, Alex? ¿Te has aburrido mucho?

Antes de que Javier tuviera tiempo de responder tras besar a Daniela, Alex comenzó a disparar una ráfaga de palabras sin apenas pausa y, visiblemente emocionado por su descubrimiento, le narró a su madre toda la visita al Prado con pelos y señales.

Daniela simuló estar impresionada por el descubrimiento y acto seguido pasaron al comedor, donde una mesa perfectamente dispuesta les esperaba para disfrutar de una deliciosa sopa de marisco que no tardó en traerles Carmen, la mujer de servicio que cocinaba como los propios ángeles a la vez que ayudaba en las tareas caseras.

Después del postre, Daniela acostó al pequeño rey de la casa en su camita para que se recuperara de tanta agitación con una reconfortante siesta; ella volvió a su interrumpida lectura en la butaca del salón, junto a la terraza, cuyo cristal filtraba en esos momentos los únicos rayos de sol de todo el día y que eran una bendición en ese frío sábado de enero.

El descanso del fin de semana era vital para el matrimonio que de lunes a viernes trabajaba duramente en sus respectivas actividades.

Ella se había reincorporado de nuevo a la revista de línea editorial claramente católica hacía tres años cuando Alexis había cumplido los dos. Ya no se limitaba a hacer fotografías de los eventos concernientes al ámbito de la vida religiosa en España, ahora también realizaba reportajes y editoriales, algunos ciertamente críticos, influida en parte por Javier que decía que el agua bendita en las iglesias de hoy está para que algunos curas se laven sus sucias manos y las campanas para que no se escuchen las denuncias de los fieles, cosa que contrariaba enormemente a Daniela, aunque en el fondo estaba de acuerdo en esa parte del discurso.

Alguno de los rayos que le sobraban a Daniela, se los regalaba generoso el sol a Javier que los recogía a través del cristal de su despacho,

un elegante lugar de recogimiento para trabajar y disfrutar de su espacio íntimo en la casa.

La habitación, decorada en maderas nobles del norte de Europa y moqueta de nudo color Burdeos, estaba exquisitamente amueblada: un tresillo totalmente blanco, varias mesas auxiliares de ónix mejicano traído especialmente para él, lámparas de diseño y los tres cuadros que lucían en sus paredes eran un retrato de Daniela al óleo, una acuarela de Alex con un conejito en brazos y, el tercero, un dibujo a plumilla de la catedral de Santiago de Compostela, donde su esposa y él habían contraído matrimonio y que tantos recuerdos le traía.

Apoyado sobre la mesa del escritorio, Javier pulsaba con afán las teclas del ordenador en busca de respuestas. Lo que había sucedido en la sala 75 del museo no podía ser cierto. Pensaba que probablemente Goya copió la cara de la imagen de Velázquez para hacer su cuadro, podía ser una teoría veraz, quizá algún otro pintor utilizara el mismo truco para ahorrase modelos o tal vez era simple casualidad el parecido. Realmente no podía contener su intriga y de nuevo le salió su vena detectivesca que tantos problemas le había acarreado en el pasado.

Buscó información sobre la obra de Velázquez, tecleó «la *Coronación de la Virgen*» y la excelsa imagen apareció en un instante, radiante y majestuosa. Más tarde, hizo lo propio con Goya y su *Marquesa de Santa Cruz* y esta se hizo presente con su delicada y bucólica figura; entonces dividió la pantalla en dos ampliando el detalle y allí estaban, cara a cara, las dos mujeres, dos épocas distintas y dos pintores diferentes. ¿Cómo era posible que un niño de cinco años se hubiera dado cuenta de aquello?

Javier Valdés, licenciado en Historia y Geografía, empresario y directivo de una importante multinacional, en pleno siglo XXI, tenía ante sí lo que aparentemente era una misma imagen captada en dos lienzos, con una diferencia de ciento cincuenta años entre sí.

La agitación que sentía era solamente comparable a su experiencia anterior que casi le lleva a la ruina, pero ahora la historia era diferente: su hijo pequeño había descubierto una misteriosa incógnita en el Museo del Prado y allí no había trampa ni cartón.

Pulsó el botón de imprimir y el runruneo cibernético de la impresora sonó durante unos segundos hasta que su vientre alumbró una hoja de papel fotográfico con la impresión de la imagen que había en

la pantalla. Entonces, abrió el segundo cajón de la derecha de su mesa para coger un sobre del mismo tamaño y, al depositarlo encima del escritorio, observó un folio manuscrito que asomaba en una esquina, bajo una agenda de piel. Javier la extrajo con cuidado e inmediatamente identificó la autoría de la misiva que estaba fechada el 25 de diciembre último, o sea aproximadamente un mes antes.

Recordaba perfectamente el instante de la recepción de la misma, porque acababa de tomar el postre de Año Nuevo, un brazo de gitano que había traído su suegra desde Ávila el día anterior. Habían cenado y comido en familia y Alex había disfrutado de lo lindo por primera vez; ya tenía cinco años y comprendía el motivo de las celebraciones, le encantaban los villancicos de mamá y la abuela, además del turrón y por supuesto Papá Noel.

Carmen entró al salón con la correspondencia que acababa de subir Gustavo, el portero, que no paraba de agradecer la generosidad navideña de los señores Valdés. Varias cartas del banco, del club de campo, algunas felicitaciones de gente influyente y del patrón que mantiene a punto su barco en Menorca, pero la carta que más impacto le causó sin duda fue la que ahora tenía en sus manos, la última de Fredy desde la prisión.

Le deseaba, como cada año, felicidad para todos y en esta ocasión, además aprovechaba para anunciarle que su abogado había conseguido su libertad, «aunque ya sabes que los abogados son como las putas; que hay que pagarlas por adelantado y después hay que estar rogándoles para que se muevan, pero creo que como mucho en un mes estaré de nuevo en casa». Le agradecía la correspondencia mantenida con él que le había reconfortado y dado fuerzas en las horas más bajas de esos seis años transcurridos en el «panteón de los sueños».

Soto del Real, 25 de diciembre

Gracias amigo, por no darme la espalda, por no hacerme más dura la vida y por tu ayuda para sacarme de este pozo sin fondo, del vértigo de la inexistencia, de las garras de la asesina blanca, la maldita coca. Gracias por enviarme a esas personas que me ayudaron tanto a rehabilitarme de mi adicción. Amigo mío, porque tú seguirás siendo mi amigo del alma, cuánto daño te hice y cuánto más

te pude hacer, por eso, esta será la última vez que me dirija a ti. Daniela sin duda estaba concebida para ti y la vida os ha premiado con esa personita menuda y pecosilla.

El Profe, si Dios y el rectorado quieren, volverá a la misma rutina de siempre, pero con una lección bien aprendida, como dijo Séneca, «un solo bien puede haber en el mal: la vergüenza de haberlo hecho».

Se despide de ti para siempre,

FREDY